

Brigati, Roberto: *Introduzione al cinismo*, Bologna: Biblioteca Clueb, 2022.

La escuela cínica forma parte del panorama de escuelas éticas de los antiguos que aparecen en Grecia en los siglos IV y III a. C. Se trata de escuelas helenísticas (cínicos, estoicos y epicúreos) que desarrollan un pensamiento moral propio. Bien es verdad que no están a la altura del pensamiento ético desarrollado por Aristóteles, en quien se compendia el discurso ético o el fundamento moral en torno a las virtudes, o lo que es igual, la reflexión filosófica en torno a la idea de virtud como categoría fundamental en el pensamiento moral en la antigüedad y en el contexto más amplio de las denominadas éticas teleológicas (de *télos*, fin) de los bienes y los fines. Ejemplificadas estas últimas por la propia ética de Aristóteles, quien ya en el Libro I de la *Ética a Nicómaco*, que al decir del filósofo escocés A. McIntyre en *Tras la virtud*, (1981), es el texto canónico de la interpretación aristotélica de las virtudes, nos dice que “el Bien es aquello hacia lo que todas las cosas tienden” siendo la *eudaimonía* (traducido por “felicidad”, el bien que persigue el ser humano). Éticas teleológicas que se contraponen a las éticas deontológicas (de *déon*, deber) -ambas éticas normativas- que resumen su propuesta en la importancia de cumplir con el deber por el deber mismo desde la propia autonomía del sujeto moral y desde una voluntad que se autodetermina como símbolo de libertad (siendo el máximo exponente de este tipo de éticas el filósofo alemán I. Kant). Siendo esto así, no es menos cierto que aquellas escuelas helenísticas o escuelas “menores” han dejado huella en la filosofía moral posterior.

Los cínicos (que se incluyen dentro de las denominadas escuelas socráticas menores), pero también los estoicos y los epicúreos todavía son referenciados por múltiples autores gracias al mensaje moral que transmiten y que perdura en la actualidad. En el caso de los estoicos, su mensaje se concentra en torno a la importancia de alcanzar la “ataraxia” como forma de vida que supone la aceptación de todo aquello que no se puede evitar ni depende de nosotros, como es, por ejemplo, la muerte. La virtud, para los estoicos, radicaría en alcanzar el estado de “ataraxia” o tranquilidad interna ante lo inevitable. Algo similar afirmarían los escépticos, para quienes, por ejemplo, Sexto Empírico, la “ataraxia” es la tranquilidad y serenidad del alma, un estado que sigue a la *epojé* como estado de la mente en que ni negamos ni establecemos cosa alguna. Por su parte, el epicureísmo en la figura de Epicuro también transmite el mensaje de que la muerte no debiera preocuparnos,

porque mientras vivimos no estamos muertos y cuando morimos, hemos dejado de ser, por lo que no cabe preocupación alguna. Asimismo, como hedonista, Epicuro identifica el placer y la vida feliz en la *apathéia* o serenidad de ánimo frente a las alteraciones emocionales. Finalmente, los cínicos defendían como enseñanza moral la libertad del alma, el actuar de acuerdo con la naturaleza frente a la imposición social o los convencionalismos que emanan de la propia sociedad.

El libro que aquí reseñamos versa precisamente sobre el cinismo. Ha sido escrito por Roberto Brigati, Profesor Titular de Filosofía Moral y Antropología Filosófica en el Departamento de Filosofía y Comunicación de la Universidad de Bolonia (Italia), cuya obra representa una meritoria aportación al estudio del pensamiento y el estilo de vida “cínico” desde la antigüedad hasta sus formas modernas. Los cínicos, tal y como podemos leer en el libro del profesor Brigati, trataban de salvaguardar la independencia personal frente a la sociedad que entenderían, en términos orteguianos, como “la gran desalmada”. Ortega, dicho sea de paso, coincidiría en algunos aspectos con el cinismo, sobre todo con la figura de Diógenes el cínico que, como es bien sabido, vivía en un tonel mostrando su desprecio hacia las convenciones sociales o los “lugares comunes”, que diríamos hoy en día, o los “usos sociales”, por hacer referencia también a una expresión que simboliza la reflexión sociológica de Ortega, excepcionalmente desarrollada por el filósofo español en una obra como “El hombre y la gente [Curso de 1939-1940]”¹

En su pensamiento de madurez, así en la obra anteriormente mencionada, Ortega advierte de la importancia de mantener cierta independencia o autonomía personal frente a los peligros que emanan de lo social, es decir, frente a los “usos” y costumbres -sobre todo los que denomina el filósofo español como *usos rígidos y fuertes*- que caracterizan la vida en sociedad, pues, aun siendo tanto esta como aquellos necesarios, pueden, si se imponen en exceso, llegar a “anular” la vida individual, sobre todo en el momento en que invaden el mínimo margen de libertad que necesita el individuo para desarrollar su proyecto de vida personal. Para los cínicos, la virtud, sin embargo, radicaba en la total independencia con respecto a la sociedad. El ideal no sería otro que vivir de acuerdo con la naturaleza -la *physis*- (punto de encuentro de los filósofos clásicos griegos), símbolo de libertad y de grandeza moral.

¹ en *Obras completas*, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2009, tomo IX, pp. 281-440.

En su libro, Roberto Brigati nos dice que ha habido un tiempo en el cual “cínico” era una palabra apreciada, lo cual puede resultar sorprendente incluso para quien tiene una formación filosófica, lo que se debe a que aquellos a los cuales fue aplicado el atributo fueron arrojados a los márgenes de la historia de la filosofía. Un aspecto al cual el autor dedica un importante espacio en este libro. El cinismo, incide también en ello el profesor Brigati,

no fue un episodio: Diogene di Sinope (ca. 413-323 a. C), también llamado Diógenes el cínico, fue el patriarca de un movimiento que duró siglos, desde la edad helenística a la edad romana imperial, hasta el final de la edad antigua, se expandió por toda un área que comprendía probablemente todo el espacio del imperio y sus partes culturales más enteramente vitales. Si tenemos en cuenta a sus adeptos, que lo fueron en gran número, podemos hablar de un fenómeno de masas.

Como indica asimismo el autor del libro, apoyándose en teóricos como Reale y Brancacci, “un gran número de filósofos, sabios y maestros se definieron explícitamente como *kynikoi* y como tales fueron reconocidos y denominados por sus propios contemporáneos” (p. 8).

Algunos de los elementos distintivos asociados a los cínicos y en los cuales pone al acento Roberto Brigati en varios puntos de su obra son los siguientes: en primer lugar, el aspecto descuidado, la falta de posesiones personales, la pobreza voluntaria, la renuncia, el deambular sin rumbo fijo o la vida errática y desarraigada, indiferencia por la reputación social e incluso hacia el decoro, “el compromiso con una franqueza cruda (*parrhēsia*) incluso frente al poder” (p. 9). En definitiva, el rasgo más llamativo que surge de las fuentes es la conducta de vida, “aunque se uniera a ella una forma de predicación y existiese una producción literaria y doctrinal relacionada con el movimiento, casi completamente perdida” (p. 9). De las *Vidas de los filósofos* de Diógenes Laercio (siglo III dC) en realidad aprendemos “que en la antigüedad existía un debate sobre si este fenómeno merecía el nombre de filosofía o mero “estilo de vida” (p. 9). La posición cínica, al decir del Prof. Brigati “ha siempre marcado una cierta excentricidad con respecto a un *establishment* intelectual más o menos susceptible” (p. 9). En cuanto excéntrico, sin embargo, este estilo de vida consistía, añade el profesor de la Universidad de Bolonia, “en una búsqueda de la virtud y la vida buena (*eu zēn*), exactamente el mismo programa de las escuelas filosóficas más respetadas y consolidadas” (p. 9).

Si observamos la evolución de este movimiento o escuela en el tiempo, R. Brigati nos dice que, por ejemplo, el conocimiento del cinismo en la Edad Media fue muy limitado. Sin embargo, afirma aquel que tras el retorno humanístico a la cultura antigua se produjo una reivindicación del cinismo en la edad Moderna:

Algunos *passseurs* son identificables, Leon Battista Alberti, Erasmo, Rabelais, Rousseau, Nietzsche, para continuar con Sloterdijk y Foucault. El legado continuó hasta la época contemporánea. Se necesitaría otro volumen para estudiar cuánto pudo haber influido el cinismo, por ejemplo, en la literatura cómica del siglo XV, en la *commedia dell'arte*, en novela picaresca, sobre los moralistas clásicos, sobre el libertinaje, sobre el escepticismo del siglo XVIII, sobre el trascendentalismo americano, hasta la contemporaneidad, la contracultura, los movimientos antisistema, la revolución sexual, las artes escénicas o de “performance” y las transgresiones de todo tipo (pp. 10 y ss.).

El panorama general sugiere que el cinismo “ha representado, en cualquier caso, un momento importante en la definición de la posición del intelectual, o de un tipo de intelectual, en la cultura europea” (p. 9). Pero es una sugerencia que, en el estado actual de los estudios y según el autor del libro que aquí reseñamos, debe permanecer como tal, es decir, como simple sugerencia, agrega el Prof. Brigati, cuyo libro se divide en seis capítulos y unas conclusiones: “Una palabra desfigurada; hacia el cinismo; interludio: las fuentes, el mito, la anécdota; el fenómeno cínico en el mundo antiguo; fragmentos de discurso cínico: motivos, ideas, actitudes; metamorfosis del cinismo; conclusión: qué le debemos al cinismo” (pp. 5-6).

Me gustaría concluir esta reseña haciendo referencia a unas palabras que según el autor del libro concentran el primer capítulo, pero que no dejan de ser ilustrativas del que sería uno de los principales -sino el principal- hilos conductores del mismo. El autor en su obra se concentra en el misterio de una palabra que ha realizado un viaje cultural cuanto menos extraño. Visto desde lejos, el recorrido descrito por el término “cínico” va -aunque pueda resultar extremadamente simplificador, pero no lo es, ya que todo concepto necesita de su contrario- de un lado positivo a otro negativo: del noble cinismo de los antiguos y de muchos admiradores modernos al cinismo vulgar, con minúsculas, de hoy. Es decir, en la obra del profesor Roberto Brigati, nos encontramos ante un término que -como cualquier otro que se precie- ha pasado a la historia del pensamiento filosófico y científico con tantas luces como sombras, dependiendo del momento o la época el tener más de unas que de otras. Un término inmerso en una especie de encrucijada, al indicar como hace una virtud o al menos una forma de cultivar la virtud, así como también denotar, al menos para algunos de sus críticos, una amoralidad.

Animo encarecidamente a la lectura de este libro, pues se trata de una obra fruto de una investigación prolongada y muy bien documentada, así como con una redacción muy cuidada.

Alejandro de Haro Honrubia
Universidad de Castilla-La Mancha/UNED
E-mail: Alejandro.Haro@uclm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1936-3920>